

A Edmundo D'Amicis por su «España»

Yo he querido ser mil veces italiano, Edmundo. Y tú quizá has contribuido a ello sin saberlo.

De chico leía tu libro y lloraba; de joven lloraba al leer el «diario» que escribiste, grande, fingiendo ser pequeño. Expresabas el sentimiento de Patria, noble, justa, honradamente. Yo lo sentía y no lo podía expresar. Todavía se me humedecen los ojos, aún enronquece mi voz cuando, ya en la madurez, releo las aventuras de Coreta y Garrón, las desventuras de Franti, las nobles intenciones de Enrique y sus padres.

Eres un romántico, D'Amicis, y has querido viajar por España, por esta tierra de nuestros pecados, y no sabías que ochenta años después un español se inflamara de amor a su dolorida España. No pensabas que te viese caminar por Zaragoza, asistir a las corridas de toros en Madrid —y a las peleas de gallos— visitar el Museo del Prado, entusiasmarte en Córdoba, anonadarte en Sevilla, curiosear en Cádiz, desilusionarte en Málaga, enloquecer en Granada...

Tú te admiras de nuestro parecido y yo no aprecio tanto nuestro valor guerrero como admiro vuestro sentido estético, vuestra potencia de realización artística.

Si Grecia iluminó la edad antigua yo, Italia, te juzgo tesoro del arte y escuela y vivero de él desde Dante hasta los tiempos extravagantes de Marinetti y del cincelador D'Annunzio... y de Pirandello. Y a esta opinión contribuyes tú, Edmundo D'Amicis, haciéndonos amable vuestra opinión y seductor vuestro pensamiento.

Anda, viaja por España. Realiza tu ideal; gánasme por la mano. Si el deseo de vivir puede aún henchir mi pecho será cuando beba Chianti y contemple las rubias muchachas de la Toscana... ¿Y... sentir deslizarse el tiempo en las aldeas de la Campania que baña el viejo Tirreno? Ya sé que tenéis un Capri. Que en vuestra tierra los cementerios son cual se imaginan en otras el paraíso... Tú eres la tierra noble de Galileo y de Giordano Bruno. Pero sobre todo del dulce y humilde Francisco—tercer fundador de una doctrina de paz y de amor, siempre incumplida y nunca bien amada. Por ti supimos que el planeta gira, bajo tu sol se encontró la ciencia más indefinida e incitante—la Filosofía de la Historia—y hasta en tus robos eras grande, Italia, que robabas cuadros y estatuas. Y a ti se debe el que de ellos tengamos noticias. Te amo como a mi patria; tu historia—resumen de la historia del mundo—se extiende desde el alborear de la vida europea—el continente desdichado—hasta la decadencia de nuestra menor parte del mundo—que es tu decadencia—y cuando el mundo no exista, cuando el hombre haya pasado sobre la superficie de este planeta, los querubines—cantarán endechas en el lenguaje de Petrarca, de León Hebreo—que también es nuestro—y tú, Edmundo D'Amicis serás feliz.

FRANCISCO PITARQUE



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»

D. Tomás Pulido (José de Hinojos)